

PQ 7297

.554

A17

v. 2



ACERVO D. LITERATURA

116433



## CARTA XXI.

Manuel á Melchor.

Campeche, 18 de Agosto de 1824.

Querido mío: mi prudencia toda se ha estrellado miserablemente contra la insolencia y astucia del bandido infame, que ha causado las desgracias de nuestro pobre amigo de S. Lázaro. Contaba yo con que pronto caería en mis manos pero se ha substraído del justo castigo que merecían sus crímenes, dejando burladas todas mis esperanzas, precisamente cuando me figuraba imposible su evasión.

Instaléme, como te dije, en esta casa, accediendo á las instancias de este caballero y su respetable familia; pero yo

T. II.

no perdí de vista el objeto que me conducía, y desde luego me propuse buscar la huella del pirata, que con tal osadía se presentaba en la buena sociedad de Campeche, acompañado de sus dos mancebas, instrumentos y cómplices de todos sus delitos. Muy presto hallé la ocasión de saber lo que deseaba. En toda la ciudad no se hablaba de otra cosa que del Cónsul colombiano destinado á Veracruz por el gobierno de la nueva República, y de sus dos hermanas que por puro placer le acompañaban en el viaje.

De pronto yo no creí que se trataba del malvado cuyo paradero me convenía indagar; mas hallábanse de visita en esta casa, cuando se habló del asunto, dos caballeros que habiendo concurrido á la reunión de Buenavista, no sabían hablar de otro asunto que del talento y modales diplomáticos del cónsul, y de la singular gracia y amabilidad de sus dos hermanas. Conforme veía yo más claro en el particular, así crecía mi asombro y mi indignación. Una ú otra pregunta que dirigí aparentando indiferencia, bastó para descubrirme en toda su extensión cuanto podía desear en el asunto. Desde entonces me tracé un plan de conducta que me parece excusado repetirte, supuesto que todo él no ha servido de nada, porque ese hombre es un demonio maligno, un ser incomprendible.

Tres días después de este descubrimiento, la buena ó mala estrella mía me puso en contacto con el llamado cónsul de Colombia. Envié un expreso á S. Lázaro para que Antonio no me esperase aquella noche, pues había aceptado un convite de D. E\*\*\*, y después de la comida habría una tertulia. Presentéme en efecto, á la hora que se me designó, y, con sorpresa, encontréme en la sala de recibo con el señor "cónsul de Colombia," que era nada menos que el mismo Juan Cruyés en persona, pues yo tenía presentes todos los rasgos de su fisonomía, hermosa y arrogante sin duda. Habíale visto muy de paso durante su permanencia en Mérida, cuando sedujo vil y cobardemente á un joven que le había dispensado su amistad y colmado de favores; pero aquellas miradas, aquel talle y aquel conjunto, eran de un tipo tan característico, que no podían confundirse ni equivocarse si una vez llegaban á verse. Ese malvado es un Antinoo con una alma de Lucifer. Ningún esfuerzo había hecho para disfrazarse, y entre el semi-mendigo que yo conocí antes, y el elegante caballero en cuya presencia me hallaba, no había más diferencia que en los arreos de su vestido, rico y elegante. Parecióme tan audaz semejante conducta, que casi llegué á sospechar si Antonio se había preocupado en el suceso de Bue-

na Vista, y me había transmitido su preocupación.

El dueño de la casa me presentó al "cónsul de Colombia" que me recibió con una arenga pedantesca y aun ridícula. En esto consistía su talento diplomático, celebrado y aplaudido por algunos jóvenes frívolos y sin mundo, que se deslumbran con el oropel. Mientras me hablaba, clavé con intención mis ojos en los suyos, y, aunque al principio recibió esta mirada con bastante serenidad, parecióme que al fin hubo de desconcertarse. Yo me figuré que le había chocado mi fisonomía y el aire con que le miraba. Tal vez buscaba allá en sus recuerdos alguna cosa que de improviso le había ocurrido, sin acertar con ella á punto fijo. Sin embargo, durante la comida conservó toda su sangre fría, á pesar del menosprecio con que recibí sus palabras, y el desvío con que le traté. Alguna vez, en medio del bullicio y de la animación que en la mesa reinaba, creí notar en la frente de Cruyés una nube sombría, que pasaba rápidamente causándole cierta distracción vaga é imperceptible. Aunque era el héroe de la fiesta, y todos los concurrentes le colmaban de atenciones, á las que correspondía con afectación, no por eso dejó de observarme constantemente, y muy á menudo sus miradas se encontraron con

las mías. Yo estaba impaciente y airado en semejante situación.

Y más y más me indignaba, notando que el coronel Landero, comandante de la plaza y uno de los que habían concurrido á la mesa de D. E\*\*\*, escuchaba con el mayor interés los falsos relatos de aquel impostor descarado. Durante el café, habló Cruyés de Bolívar, Sucre, Santander, Paez, Córdova y otros muchos hombres ilustres que han contribuído á la libertad sur-americana, como de otros tantos individuos con quienes había tratado íntima y familiarmente.

—Bolívar (decía el insolente embaidor) si hubiese obsequiado mis insinuaciones y seguido mis saludables consejos, no hubiera sacrificado tantos hombres valerosos en las llanuras de Bocaya, en que batió otra vez al sanguinario Morillo, pues si bien decidióse la victoria en nuestro favor, no fué sino después de una obstinada y sangrienta resistencia.

—¡Y la acción de Carabobo! exclamó Landero. ¿Qué me dice usted de la gloriosa jornada de Carabobo?

—¡Oh! repuso el pseudo-cónsul colombiano. Precisamente me trae usted señor coronel, á un terreno que yo conozco palmo á palmo, y en el cual han caído algunas gotas de mi sangre. Nuestras fuerzas vinieron de nuevo á las manos con las tropas realistas el día 24 de Junio de

1721, en el para siempre famoso llano de Carabobo. ¡Qué combate! ¡Qué victoria! Figúrese usted que yo era adecan de Bolívar aquel día crítico, y andaba de fila en fila comunicando órdenes. Ello..... me costó alguna cosa.... es decir... un bayonetazo, un rasguño en el muslo izquierdo; pero esto no vale la pena. Ganamos la acción por la intrepidez de la caballería que mandaba Paez, y de los ingleses auxiliares. Torres, sucesor de Morillo, retiróse con los restos de su división á Puerto-Cabello; y entonces Cartagena y la Guaira quedaron en nuestro poder. ¡Qué día, el memorable 24 de Junio de 1821! ¡Qué acción, la gloriosa de Carabobo! ¡Qué triunfo, el del inmortal Bolívar!

Sin embargo, estoy segurísimo que el día 24 de Junio de 1821, el narrador de estos sucesos hallábase en Mérida á mil leguas de Carabobo. Pero Landero que estaba perfectamente enterado de la historia militar y política de Bolívar, y oía repetirla con tal exactitud, no podía figurarse que aquel hombre le engañaba burlándose de su entusiasmo. Por lo menos, el impostor poseía el talento particular de no aventurar ninguna especie de que no estuviese informado. ¡Cuántos charlatanes y embusteros llegan á representar un papel importante, contando tan solo por auxiliares con una buena memoria, y só-

bre todo con el candor y poca crítica de una sociedad amante de novedades!

Landero se había apoderado del cónsul, y ambos se hallaban engolfados en un diálogo rápido y acalorado, que todos los convidados escuchaban con el mayor interés y curiosidad.

—Y bien, dijo el comandante. Seguramente usted no abandonaría á nuestro héroe, y seguiría usted participando de sus triunfos y de su gloria.

—¡Abandonar yo á Bolívar! ¡Yo que en mi corazón le había consagrado un altar para tributarle una especie de adoración! ¿Usted se figura que yo había de abandonar al libertador de mi patria?

Y mientras lanzaba estas enfáticas exclamaciones, parecía apelar á su memoria para asegurarse de lo que iba á referir, pues convencido de que se las había con un hombre de talento y penetración, y que además poseía un buen caudal de noticias, cualquier tropiezo ó dificultad, cualquiera inexactitud ó anacronismo, le hubiera comprometido gravemente. Después de una ligera pausa, prosiguió:

—El resultado de la jornada de Carabobo, fué dejar completamente libre de sus formidables enemigos á la nación colombiana; más el Perú estaba invadido aún, y no tenía esperanza alguna de triunfar sin el poderoso auxilio de la espada del libertador de Colombia.

—Es verdad, y yo he leído en los periódicos que los peruanos dirigieron una invitación muy expresiva á Bolívar.

—Y también habrá usted leído, repuso Cruycés al punto, que Bolívar no fué insensible á esta súplica de nuestros hermanos oprimidos. Dejó las comodidades del descanso, abandonó el fausto y los honores de que estaba rodeado, y atravesando de nuevo las peligrosas crestas de los Andes, se dirigió al Perú á la cabeza de un ejército de siete mil hombres.

—¡Exactamente! exclamó Landero. Así lo refieren los diarios de Nueva Orleans y de Baltimore.

—Pues yo daré usted más detalles y noticias que cuantos pudieran suministrarle los diarios de Nueva Orleans y Baltimore, porque está usted hablando, mi coronel, con un testigo ocular de los sucesos que refiere.

—Adelante, señor cónsul, adelante.

—Avistóse Bolívar en Junin con las tropas expedicionarias, y las derrotó completamente.

—¡Oh!

—Y en seguida dió la batalla de Ayacucho, y allí quedaron humillados para siempre los enemigos de la libertad americana.

—¡Vivan los vencedores de Ayacucho! gritó Landero, arrebatado de su exaltación patriótica, sin acordarse de que es-

taba en casa de un caballero español, á quien seguramente no haría mucha gracia la ocurrencia.

—Vencedores en Ayacucho, continuó Cruycés, entramos triunfalmente en Lima el día 3 de Septiembre de 1823.

—¡Apenas hay de esto once meses!

—Y aquí me tiene usted tan lejos del teatro en que se representó este suceso glorioso.

—¿Y cómo?...

—¿Cómo? Que el gobierno de Colombia, para recompensar mis cortos é insignificantes servicios en la guerra de la independencia, me ha nombrado cónsul de la República en Veracruz. Yo dije: "cedant arma togae," y entré en la carrera diplomática.

El coronel pareció extrañar un tanto aquella metamorfosis repentina de militar á cónsul; pero si tuvo ánimo de dirigir alguna observación al vencedor de Junin y de Ayacucho, la cosa se quedó allí, porque habiendo hecho señal de "vela" la campaña del muelle, á la cual correspondió la del principal cuerpo de guardia, todos los convidados nos levantamos de la mesa, y nos dirigimos de prisa al espacioso mirador de la casa. Un marino inteligente obtuvo la preferencia del "anteojo," y al cabo de algunos segundos de observación, sin embargo de haberse ocultado ya el Sol no habiendo más luz

que la del crepúsculo, anunció á los que allí estábamos que la embarcación avisada era..... un bergantín.

—¿Mercante? preguntaron algunos.

—No, respondió el marino. Es un bergantín de guerra.

—¡A ver! gritó el comandante de la plaza. ¿Puede distinguirse la bandera?

—Sí, sí dijeron todos: la bandera, la bandera.

—¿La bandera? repuso el que observaba. La bandera... si no me equivoqué... digo... como ya estamos casi á obscuras... y el tal bergantín se halla tan fuera... ¡ah, ah!... sí... no hay duda. Es bandera colombiana.

Por un movimiento instintivo, todos volvimos la vista buscando con ella al "cónsul de Colombia."

Pero el cónsul de Colombia ya no estaba allí. D. E\*\*\* que venía subiendo las escaleras del mirador, manifestó haber recibido encargo de hacernos presente sus excusas por una separación tan brusca é intempestiva. Hizome alguna impresión aquel rasgo de descortesía, y no sé por qué me cruzó la idea de que ese movimiento tenía alguna conexión con la llegada del bergantín. Ninguno hizo alto en ello, y después de haber disfrutado de la vista del mar por algunos instantes, bajamos á la sala en donde ya estaban reunidas varias señoras: al cabo de me-

dia hora volvió el "cónsul" acompañado de "sus dos hermanas."

Toda la sangre se me cuajó en las venas á su aspecto. Representóseme con tal viveza la historia de nuestro pobre amigo, la seducción de aquel malvado, los funestos encantos de aquellas meretrices, la burla cruel y odiosa de que Antonio fué víctima, y la formidable dolencia que le sobrevino; que hube de quedarme horrorizado, mientras que todos los jóvenes y caballeros se apresuraban á saludar á las dos "señoritas," ofrecerlas sus obsequios y mendigar de ellas una mirada afectuosa. Yo no sé lo que pasó por mí en aquel instante aciago; pero no caí en la cuenta del papel ridículo que estaba representando, sino cuando el flotante vestido de una de aquellas viles criaturas se rozó contra mi fraque, y oí la destemplada voz de Juan Cruyés, que me gritaba:

—¡Con permiso, caballero!

Herido como de un golpe eléctrico al escuchar aquella especie de reclamo arrogante, volví en mí de la sorpresa que me causó la presencia de las dos harpías, y experimenté un acceso de ira tan violento, que apenas pudo refrenar el respeto que me debía la casa de D. E.\*\*\* y la sociedad en que me hallaba. Encaré, pues, con el osado impostor, y le repuse.

—¡Usted lo tiene, señor capitán!!!— de piratas—díjele al oído.

El pirata me lanzó una atroz mirada de odio profundo, á la cual correspondí con otra de desprecio y aversión. Guardó silencio, sin embargo; pero todos se apresuraron á excusarme por mi distracción, y algunos me hicieron observar que me había yo equivocado, pues aquel caballero no era capitán, sino el cónsul de Colombia.

—Bien puede ser: dije en voz alta, de manera que me oyese el impostor. Lo uno no quita lo otro: no hay inconveniente en que ese buen señor sea hoy cónsul, pero me parece que antes ha sido capitán de cierta embarcación que él puede recordar, sin duda.

Los que me habían explicado oficiosamente cuál era el carácter de Cruvés, se retiraron encogiéndose de hombros, y compadeciéndose de mi ningún tacto de sociedad y trato de gentes.

Los ojos del pirata centellaban de furor y de rabia. Si antes pudo sospechar que yo no le había reconocido, después de lo que había pasado entre ambos ya no debía quedarle ni sombra de duda. A pesar de todo, conservó toda su audacia y serenidad. Presentó en el estrado á las dos prostitutas que llamaba hermanas, y se dirigió con paso firme y seguro á colocarse en un sofá, en medio de dos bellas y amables señoritas con quienes entabló una conversación animadísima. Y he aquí

que aquel hombre infame y corrompido, que se había presentado sin recomendación alguna y dándose un dictado cuya legitimidad nadie se empeñaba en averiguar, abusando de la buena fe y candor genial que reina en nuestra sociedad, virgen todavía, osaba profanar con su presencia una reunión de personas decentes, que le habían acogido con ligereza y sin examen. Pero nada me admiraba tanto como el ver y observar tal osadía y descaro, á pesar de hallarse convencido el malvado de que allí había uno, por lo menos, que le conocía y podía delatarle. Seguramente no recordaba á punto fijo en dónde nos habíamos visto, ni quién podía yo ser; pero yo estaba firmemente resuelto á auxiliar su memoria, de una manera ruidosa. Toda la dificultad, que no dejaba de ser grave, consistía en verificarlo de suerte que en nada se comprometiesen el nombre y estimación del pobre enfermo encerrado en S. Lazáro. Esta consideración en gran parte ha contribuído á frustrar mi proyecto.

La belleza de las dos extranjeras, si bien deslumbraba de pronto, descubriase luego que todo era obra del más esmerado artificio, y que allí nada había natural sino una palidez sospechosa, oculta bajo los afeites del tocador. Acaso la regularidad y frescura de sus facciones pudieron ser agradables en otro tiempo: pero bien

fuese la preocupación en que me hallaba, y la certidumbre que tenía de que aquellas infelices pertenecían por sus vicios á la clase más abyecta de la sociedad, ó que realmente hubiese en su físico alguna cosa repugnante; lo cierto es que su voz, su fisonomía y sus modales me chocaron de un modo raro, y estuve muy lejos de experimentar la viva y peligrosa impresión que llevó á su ruina al desgraciado amigo que lloramos. A duras penas podía yo reprimir mi disgusto observando que casi todos aquellos jóvenes, ligeros y extravagantes, consagraban su atención y obsequios á las dos hermanas, si lo eran, dejando en el olvido á las amables, bellas y virtuosas señoritas que habían concurrido á la tertulia casera de D. E\*\*\* sin sospechar que iban á ponerse en contacto con dos mujeres perdidas.

La más joven de éstas, seguramente la que conoció Antonio bajo el nombre de Paulina, fué desde luego invitada á sentarse al piano. Poco se hizo de rogar, acercóse al instrumento, y ejecutó con la mayor soltura y despejo varias piezas delicadas y del mejor gusto. Su habilidad provocó el entusiasmo de algunos filarmónicos, é insensiblemente fueron agrupándose al rededor de aquella sirena la mayor parte de los jóvenes admiradores de todo lo nuevo, que solo por serlo excita su facticia susceptibilidad. Yo no sé có-

mo me encontré en aquel círculo; el caso es que estaba tan próximo al instrumento, que podía notar hasta el más ligero movimiento y ademán de la que ejecutaba sobre él. Cuando me hallaba más distraído, acercóseme uno de esos vejetes entrometidos que todavía tienen la pretensión de agrandar á las damas, y en tono misterioso y solemne díjome al oído:

—¿No es verdad que toca el piano cual jamás se había oído en estas regiones lejanas?

Miré de pies á cabeza á aquella especie de hombre y le dije:

—Buenas noches, caballero.

—¡Eh! me replicó: con razón se ha amostazado contra usted el señor cónsul. ¡Vaya un genio atrabiliario!

—¡Caballero!

—¡Vamos! no se enoje usted, que yo no lo digo por tanto; pero eso de no llamar por su título al señor cónsul de Colombia, y salir con la fría de apodararle... capitán... pues que si lo fué, había llegado al grado de coronel en los ejércitos de Bolívar... y...

—¿Y de qué sabe usted todo eso? ¿Quiere usted comprar un pleito ajeno?

—¡Yo! ¡Dios me libre! Mi único placer es adorar á las damas. Por eso le llamaba á usted la atención sobre esta hechicera, que está haciendo prodigios en el piano: ¿no es verdad, caballero?



—Si le parece á usted, señor mío, puede hacer presente su admiración á la que es objeto de ella. Por lo menos así opino yo.

—Bien; pero si quiere usted seguir mis consejos..., los consejos de un hombre experimentado, y que se precia de ser un tanto conocedor de los usos y maneras del gran mundo...

—¡Caballero, por Dios! Reserve usted sus consejos para quien se los pida.

—¡Jesús, qué pertinacia! Cuando le digo á usted, caballero que todo esto es por su bien...

—Hablemos claros: yo no quiero recibir los consejos de usted.

—¡Peor, cabal, peor para usted! exclamó el personaje, dando un gran golpe con el puño de su bastón en el espaldar de una butaca.

Yo estaba á punto de perder la paciencia, viéndome acosado de aquella manera tan ridícula. El figurón continuó en sus exclamaciones:

—¡Qué se va á decir de los yucatecos, después de este lance! ¡Qué juicio va á formar la gente civilizada, cuando sepa que usted ha llamado capitán... á un cónsul de Colombia!

—Lo dicho dicho, repuse yo con la voz alterada. El señor cónsul de Colombia en otra ocasión se ha llamado el capitán "Juan Cruyés."

No bien se escapó de mis labios este nombre, é hirió el oído de la joven que tocaba el piano cuando ésta volvió los ojos azorada hacia mí, encendiósele el color, equivocó los compases de la música, ya no supo en dónde colocar los dedos, y convirtiéndose la sonata en una verdadera algarabía. Cesó por fin de tocar, y llevando el pañuelo á la frente, inclinóse sobre el piano y pidió con voz desfallecida un vaso de agua. Sin embargo de la rapidez con que pasó todo esto, Juan Cruyés fué el primero que se presentó en auxilio de su hermana: tomóla del brazo, hizome un gesto amenazador que solo yo comprendí, y después de dar un paseo por la sala y hacer que Paulina respirase el aire libre en el balcón, la obligó á que continuase en el piano la pieza musical interrumpida. De allí en adelante, Cruyés y yo nos observábamos mutuamente; pero ni él se atrevió á dirigirme la palabra, ni yo me dí por entendido. Verdad es que yo deseaba la ocasión de explicarme francamente con él, y pedirle una satisfacción por el cruel ultraje que había inferido á nuestro buen Antonio; pero estaba visto que no era aquel el lugar más apropiado para entrar en ciertos pormenores. Así, pues, durante el tiempo de la tertulia, revestíme de prudencia para evitar un escándalo inútil en una casa tan respetable cual lo es la de D. E.\*\*\*

Prolongóse la "soiree" hasta una hora muy avanzada de la noche. Yo me despedí antes del dueño de la casa, y salíme á la calle á observar si sería posible apalabrarme con el pirata, á tiempo de retirarse. Las escenas que pasaron en aquella noche, habían llamado la atención de algunos pocos de los concurrentes: pero nadie pudo comprender qué era lo que realmente había ocurrido. Vieron por mi parte un rasgo de mala crianza ó torpeza en el suceso de la llegada de las dos damas, y una impertinencia en la disputa ó coloquio con aquel vejete extravagante; pero ni se oyó la palabra fatídica que proferí al oído de Cruvés, ni se supo la causa del vértigo de Paulina, ni se vió la actitud que con tal motivo tomó el pirata. Sólo éste y yo nos habíamos entendido perfectamente, y el malvado estaba ya en guardia contra cualquiera sorpresa. En nada había perdido su arrogancia ni su actitud insolente. Esto no dejaba de confundirme; y se necesitaba de toda la seguridad y convicción que yo tenía de no haberme equivocado, para insistir en mis pesquisas.

En la intención de no retirarme aquella noche antes de dar un paso decisivo con Cruvés, permanecí en expectativa en la calle próxima, recorriéndola de un extremo á otro, mientras salía de la tertulia la persona á quien esperaba. Desde el

principio de mi paseo, observé el bulto de un hombre embozado que se apoyaba en un cañón de esos que suelen fijarse en nuestras esquinas; y si de pronto no me llamó la atención, pareciéndome aquello una mera casualidad, después creí observar, sin embargo, que el embozado hacía algunas evoluciones sospechosas. Yo no portaba arma ninguna, y por lo mismo cualquier encuentro en aquel sitio y en aquella hora con un hombre armado y que abrigase malas intenciones, podría comprometerme en un lance peligroso, del cual sacase yo la peor parte. Sin embargo de esta reflexión, pudo más en mí el deseo de mostrarle mi entereza á aquel hombre: dirigíme, pues, á él con paso firme, y ahuecando la voz y metiendo ambas manos en los bolsillos del pantalón, preguntéle en tono de autoridad:

—Dígame usted, camarada, ¿qué hora tenemos?

—Demasiado sabe usted la hora que es, señor curioso, pues no hace dos minutos que oyó usted el reloj de la ciudad. Siga su camino que es lo que hoy le importa.

Confieso que al hallarme sorprendido "in fraganti" en un defecto tan ruín, como lo es el de una curiosidad impertinente, me desconcerté sin saber qué replicar al desconocido, que me hacía un reproche que justamente merecía. Además, era

su voz tan aterradora y diabólica, y sus ojos que se distinguían á la escasa luz de un farol cercano, tenían un brillo tan siniestro y horrible, que me encontré sin ánimo de continuar el diálogo, y proseguí lentamente en mi paseo, tomando la acera opuesta. El embozado permaneció en su sitio con la mayor tranquilidad.

Al cabo de algunos minutos, salieron simultáneamente muchas personas de la casa de D. E.\*\*\*, y entre ellas apareció Juan Cruyés, llevando de bracero á una señora principal, mientras que sus dos cómplices ó hermanas venían del propio modo con dos caballeros. El vejete extravagante, con su voz chillona, era de la comitiva del cónsul, á quien iba prodigando todo linaje de honores, para que no quedase mal puesto el nombre yucateco en el juicio de aquel extranjero "ilustre," que había sido edecan de Bolívar. No perdí la esperanza de hallarme á solas con Cruyés y sus mancebas, y estaba resuelto á no volver aquella noche á la casa en que me hospedaba, sin quitar, de una vez, la máscara al malvado impostor. Acaso habría alguna imprudencia en esta resolución temeraria y poco meditada, pues era claro que iba á tenerlas con un hombre avezado á la falsedad y á todos los crímenes, cuando yo me encontraba sólo, sin atreverme á comunicar mi proyecto á persona alguna; y aunque lo hubiera pen-

sado, ya para esto era tarde. Ninguna de estas consideraciones bastó á detenerme, y seguí de cerca el grupo en que iba Cruyés y las meretrices que le acompañaban, á lo que parece, en todas sus incursiones. Yo no sé si fué ilusión; pero me figuré que el pirata volvía la cabeza de cuando en cuando, y que me había percibido á través de la espesa obscuridad que reinaba. No por eso me detuve; y seguía mi marcha á paso firme, cuando he aquí que al volver una esquina encontréme frente á frente con el embozado, á quien yo creía bastante lejos de aquel sitio; y tomándome de un brazo, preguntóme en cierto tono que remedaba mi voz y mi acento:

—Dígame usted, camarada, ¿qué hora tenemos?

Me veo obligado á confesarte, mi querido amigo, que en aquel instante crítico, al hallarme sorprendido tan bruscamente por aquel hombre, ó demonio, me abandonó todo mi valor, y quedé como petrificado. Apretábame el embozado con su mano durísima, y sus dedos de hierro se incrustaban dolorosamente en mis carnes, cual si fueran tenazas. En medio de mi estupor; acerté á lanzar un gemido sordo, que me arrancó el agudísimo dolor que experimentaba; y temiendo acaso, aquel salvaje que yo, intentase alzar la voz y pedir socorro, con la mano que conservaba libre, no menos vigorosa que la

otra, tapóme la boca y las narices. Todo esfuerzo para librarme de aquella especie de pesadilla, fué enteramente inútil. Debatíame en una convulsión penosa, y llegué á creer que aquel hombre pretendía estrangularme, para no dejar vestigio del asesinato que estaba cometiendo. Algunos instantes pasé en este agudo tormento; más al fin el asesino abandonó su presa, y caí sin sentido en un fango que había en medio de la calle. Cuando volví en mí, el embozado había desaparecido, y ningún rumor se sentía. Entonces comprendí que su objeto había sido hacerme perder la huella del pirata. Incorporéme, y pensé en retirarme de una vez á la casa en que me alojaba; pero nunca mi resolución de castigar á Cruvés, había sido más firme y decidida. Mi sangre hervía de furor.

Echéme en la cama; pero no pude dormir en el resto de la noche. Mil proyectos, á cual más desacordados, cruzábanse en mi imaginación febril; pero después que hubo venido el día, mi final determinación fué la de no proceder á cosa alguna, sin consultarla antes con Antonio, quien estaba más directamente interesado en el asunto. En esta dilación, que provenía del temor de no acertar bien, consistió precisamente la salvación del pirata. Vestíme de prisa, y me dirigí al muelle para hacer hora de ir á S. Lázaro.

La mañana era hermosa, plácida y alegre, como no suelen serlo las mañanas de Agosto. Estaba reunida en el muelle una turba inmensa de curiosos, que había atraído allí la extraña novedad de haber fondeado en el puerto, por primera vez, un bergantín de guerra perteneciente á la escuadra de una de las nuevas repúblicas hispano-americanas. El comandante de la plaza era uno de los muchos curiosos que esperaban la aproximación de una espléndida lancha, que, á toda vela y remo, se dirigía magestuosamente al punto de la reunión numerosa. El hermoso pabellón de la nueva república, fundada por Bolívar, flotaba en el mástil de popa. Venía en pie al timón un oficial corpulento, entrado ya en edad, de mirada grave y sombría, y dirigiendo con su voz á doce marineros robustos que tripulaban el esquife. Yo no sé por qué me figuré, cuando este oficial desembarcó en el muelle, que era el mismo hombre embozado, que me había acometido en la noche anterior. Creí reconocer aquella frente despoblada de cabellos, aquellos ojos fosfóricos, aquel talle robusto y aquellas manos nervudas, largas y aceradas.

El oficial saludó y presentó unos pliegos al comandante de la plaza. En seguida preguntó, con mucho interés, si permanecía en ella el honorable señor "Fernando Olabarrieta," cónsul de la repúbli-

ca colombiana destinado por su gobierno al puerto de Veracruz. El comandante dióle cuantas nuevas podía apetecer, felicitóle por haber llegado al puerto á pesar de los cruceros españoles que había en el golfo, hizole algunas advertencias sobre lo peligroso que sería á su embarcación el dirigirse á las aguas de Veracruz en donde el gobierno español, dueño aún de San Juan de Ulúa, conservaba algunos buques de guerra; y, en conclusión, se dirigieron ambos al interior de la ciudad, haciéndose paso entre la multitud. El vejete entrometido de la noche anterior, fué de los primeros que se presentaron á ofrecer su amistad y protección al comandante del bergantín colombiano.

Yo permanecí en el muelle entregado á las más extrañas conjeturas, en vista de aquellos sucesos. El acento del oficial de marina me había confirmado en mi sospecha anterior, de ser el mismo embozado que guardaba las espaldas á Cruyés. Pero el bergantín había fondeado al ponerse el sol del día precedente. ¿A qué hora, pues, vino á tierra sin obstáculo y volvió á reembarcarse? ¿Por ventura, el pirata era realmente cónsul colombiano? ¿Aquel buque de guerra pertenecía á la nueva república? Esto era para perder el seso, y más cuando yo no tenía con quien consultarme en aquel conflicto. Cuando

creí que ya era tiempo de almorzar, retiréme de aquel sitio.

A las once tomé una volanta y me dirigí á San Lázaro.

Hallé á Antonio entregado á su habitual melancolía. El honrado sepulturero estaba en su compañía, y, según pude conjeturar, había tenido una conversación sobre los sucesos de Regino, contra el cual lanzaba Antonio vehementes exclamaciones. Así que nos vimos solos, le referí todo cuanto me había ocurrido, entrando en los detalles del convite, de la tertulia, del encuentro con el hombre del embozo, y de la venida á tierra del comandante del bergantín colombiano fondeado á nuestra vista y á muy corta distancia de la playa. Arrepentíme luego de mi imprudencia, porque de nuevo abrí las heridas mal cicatrizadas de aquel afligido corazón. Consternóse nuestro pobre amigo de tal manera, que por espacio de algunas horas fué imposible hablar sobre lo que convenia hacer en aquel lance, que era precisamente el objeto de mi viaje al hospital. Al fin tuve que esperar por todo el resto de aquel día, tan precioso para mi intento.

Cuando el sol iba á ocultarse, rogué á Antonio que saliésemos por las cercanías, más con la intención de que se distrajese de su melancolía, que con la esperanza de oír su dictamen sobre los últimos suce-

sos. Mucho me costó vencer su resistencia. Nos dirigimos al baluarte de S. Fernando, lugar que Antonio prefería. Quedóse contemplando el mar, agitado ligeramente por la brisa de la tarde; y fijando después sus ojos en el bergantín colombiano, exclamó:

—¡Allí se habrá embarcado ya mi verdugo!

La idea de que esto pudiese ser efectivo asaltóme por la primera vez, y quedé como herido de un rayo.

—¡Si esto fuese posible! murmuré yo, después de pensar en ello algunos segundos.

—Mal conoces á Juan Cruyés, replicó Antonio, si has podido dudarlo. Después de haberle tú reconocido, ¿crees que permanecería tranquilo y sereno, esperando el efecto de tu cólera é inquietud? Ese pirata que toma tantos nombres, que se reviste de disfraces tan variados, que se aplica títulos y condecoraciones, que finge é inventa tan prodigiosamente; no hay duda que cuenta con muchos medios de sostener los papeles que representa.

—Bien, todo eso puede ser cierto hipotéticamente. Más yo no creo que el bandido aún está en nuestras manos, y su castigo no debe diferirse. ¿Consientes en que yo delate ese hombre á la justicia?

—No.

—¿Y entonces?

—Dejemos á Dios el cuidado de vengarme. Tantos crímenes no han de quedar impunes.

—Pues de eso se trata, mi querido Antonio.

—Sí, es verdad; pero yo pienso que á mí no me toca castigarlo.

—Esa idea es errónea, amigo mío: Dios se vale de nosotros, como de un instrumento, para ejercer los actos de su justicia. Si hoy que podemos prestar un importante servicio á la sociedad, poniendo en sus manos á un criminal que puede causarle aún infinitos daños, rehusamos hacerlo por una consideración mal entendida, seremos hasta cierto punto cómplices de ese malvado.

—Ese razonamiento, mi querido Manuel, estriba en un sofisma; pero aun cuando fuera justo y legítimo ¿qué pruebas podrías presentar contra un hombre recibido en la sociedad con un carácter oficial, y en cuyo favor están todas las presunciones? ¿No se llama "cónsul de Colombia"? ¿No ha referido al comandante de Campeche tantas acciones de guerra en que se ha visto, entrando en todos sus pormenores? ¿No dice que se hallaba en "Carabobo" el día 24 de Junio de 1821, cuando precisamente era yo entonces la víctima de su infame conducta? ¿No ha llegado un bergantín de guerra

de su nación? Dejémoslo, pues, porque no podemos remediar el mal.

Hacíanme fuerza estas reflexiones; pero no era fácil que yo precindiese de mi propósito. Además de que había un crimen horrible, el crimen cometido contra Antonio, aún no vengado, yo también estaba ofendido personalmente, y me era durísimo consentir en que aquellos bandidos siguiesen impunemente en su dilatada carrera de crímenes y excesos.

—Pues bien, dije entonces á Antonio: ya que no consientes en que tu nombre suene en este asunto, yo voy ahora mismo á desafiar á ese hombre, y á batirme con él. Me ha hecho un ultraje enviando á un asesino en persecución mía.

—Vamos, me repuso Antonio con calma. Ya estás delirando. Fuera de que, ¿ves ese punto negro que va perdiéndose en la obscuridad... allá muy lejos... cerca del bergantín colombiano?

—¿Y qué?

—Esa es la lancha en que Juan Cruyés y sus mancebas se dirigen á la embarcación de guerra, para alejarse de Campeche.

Aún no había terminado Antonio la frase, cuando ya estaba yo fuera del reducto, y emprendiendo una carrera deshecha, me encaminé al barrio de S. Román, para tomar la calle que guía á la puerta de este nombre. Llegué bañado de sudor

á esta casa, y después de reponerme un tanto, entré en la sala en que estaban las señoritas de la familia, y allí me encontré con el maldito fantasmón que me había comprometido la noche anterior en la tertulia de D. E.\*\*\*

—¡Oh, mi querido amigo! exclamó al verme, y echándome los brazos al cuello. Diez vueltas he dado por acá, para ver si se reconciliaba usted con el benemérito señor cónsul de Colombia, á fin de que no quedase mal puesto el pabellón yucateco; pero ¡trabajo perdido! Ha tomado usted hoy las de Villadiego, y no he podido dar con usted. ¡Qué diablo! El señor cónsul y sus bellas y hechiceras hermanas, se han marchado en el bergantín de guerra, sin que usted...

—¡Han partido! repuse consternado, hallándome más bajo la influencia de aquella inesperada partida, que bajo la impresión pesada y grosera de aquel hombre: ¡Han partido, Dios mío! repetí.

—Esa exclamación le deja á usted abuelto en mi inexorable tribunal, díjome aquel ente. Se conoce que anoche faltó usted á la etiqueta, no por ignorancia sino por distracción: "Ego te absolvo."

Yo me desprendí de los brazos de aquel hombre insoportable, saludé á las señoritas, y después de unos momentos de conversación me retiré á mi aposento.

Tal fué el término de este suceso ¡Paciencia!

Estas últimas noches las he pasado en S. Lázaro; pero no he dicho á Antonio cosa alguna, ni él tampoco ha mostrado empeño en saber lo que ya había adivinado.

P. D.—Somos 19 de Agosto.

Me parece necesario comunicarte un nuevo incidente que acaba de ocurrir. Anoche me dirigía á San Lázaro; y habiendo dejado la calesa en el puente de S. Román para seguir á pie hasta el hospital, encontréme casi enfrente de San Fernando con un caballero elegantemente vestido de negro, el cual me saludó con cierto acento de cordialidad y dulzura, que llamó desde luego mi atención, y más porque me pareció que esa voz no me era del todo desconocida.

Cuando llegué á S. Lázaro, Antonio me esperaba con ansia para comunicarme que al anocheecer había visto de lejos al personaje misterioso á quien él tomaba por el Dr. Moore; y que habiendo intentado dirigirse á él, hallándose en compañía de Germán, perdiósele en un montecillo de la playa. No juzgué oportuno hablarle de mi encuentro.

De todos modos, parece claro que el Dr. Moore está aquí; y lo que me parece aun más claro, es que el tal doctor y yo

debemos de conocernos mutuamente porque esa voz... no hay duda... yo conozco esa voz. Veremos lo que da de sí este suceso.

Siempre tuyo.